



## PRÓLOGO

*NO ES fácil labor escribir un prólogo en el libro de homenaje a don Isidro Fabela. El prologuista no sabe qué decir después de la lectura de los escritos que integran la obra, muchos de los cuales son de alta calidad humana o intelectual. De suerte que se siente cohibido y perplejo porque conoce sus limitaciones; porque sabe bien que no es mucho lo que puede añadir sobre personalidad tan singular. Sin embargo, precisa cumplir con tan honrosa y gratísima tarea; precisa cumplir con el amigo dilecto y ejemplar.*

*A mi parecer no es ocioso comenzar con un poco de historia: hace aproximadamente un lustro, la Revista “Cuadernos Americanos” ofreció un vino de honor a Fabela por su magnífica obra intelectual. Asistieron más de doscientos amigos y admiradores del hombre sin tacha, que sabe prodigar a manos llenas su cálida amistad. Hablamos en aquel acto José Iturrriaga y yo. Don Isidro, después de agradecer el homenaje, pronunció un discurso a propósito de la reunión de Presidentes de los países de América, que por aquellos días iba a celebrarse en la ciudad de Panamá. Fue un discurso sereno y valiente en defensa de las naciones de nuestra lengua frente a la política de los Estados Unidos. Causó cierta sensación la pieza oratoria y se le dio amplia publicidad. Fabela jamás ha dejado sus armas de combatiente contra la arbitrariedad de los fuertes y en defensa de los pueblos débiles. Por esto a lo largo de una ya larga vida laboriosa, austera y rectilínea, ha ido poco a poco, construyendo su propio pedestal.*

*Continuemos con la historia: si no recuerdo mal fue en el mes de febrero de 1958, cuando varios amigos de don Isidro pensamos rendirle, en páginas impresas, el homenaje que hacía tiempo reclamaban la justicia y sus virtudes. Muchos de los amigos opinaron que el motivo del homenaje debía ser por sus cincuenta años*

*de abogado. Yo no oculté, ni oculto mi discrepancia. Hay no pocos abogados, que alcanzan los cincuenta años de ejercicio profesional y no merecen ningún homenaje. Algunos, lo que merecen, es lo contrario. No; el homenaje a Isidro Fabela es por su bondad, por su inteligencia, por su rectitud; porque ha consagrado su vida a servir al prójimo, a su patria y a la humanidad. A mi juicio Fabela pertenece al linaje de los grandes liberales con preocupaciones sociales, que dejaron huella profunda en la historia del pensamiento mexicano. Pienso en José María Luis Mora, Mariano Otero, Ponciano Arriaga, Ignacio Manuel Altamirano y Justo Sierra. Esto se piensa y se siente al recorrer las páginas de este libro. La personalidad del hombre aparece engrandecida con todas sus múltiples y ricas facetas: político, gobernante, internacionalista, historiador, literato, ensayista, filántropo, mecenas y qué sé yo cuantas cosas más. Y todo concurriendo, entrelazándose y palpitando en la vida de un solo ser humano. De aquí la explicación de los cien colaboradores del libro. Hay paño de donde cortar.*

*Efectivamente, son cien los que participan en el homenaje: escritores, periodistas, profesores, abogados, artistas, poetas, diplomáticos, médicos, historiadores, antropólogos, ingenieros, filósofos y hasta generales del ejército. Toda una capirota intelectual. Hay personas de extrema derecha, de derecha, de centro, de centro izquierda y de izquierda; tal vez únicamente falten los beatos de la extrema derecha y de la izquierda extrema. En cuanto a nacionalidades hay mexicanos, latinoamericanos de otros países, españoles, otros europeos y un africano. Sólo un sembrador de afectos, capaz al mismo tiempo de despertar admiración en sus amigos, pudo lograr el éxito notorio que aquí celebramos con satisfacción emocionada. Al leer los artículos y ensayos incluidos en la obra se advierte la simpatía y el cariño con que fueron redactados. Yo también redacto este prólogo con cariño y simpatía, porque él es quien es y es mucho lo que es; y porque en estos malos tiempos que vivimos, he podido disfrutar en más de una ocasión la alegría tonificante de su amistad. Esta, la amistad, es el más precioso don que hizo a los hombres algún dios compasivo y benévolo.*

*Yo no soy de los viejos amigos de Fabela, de los que pueden hablar de su niñez o de su temprana juventud. Soy de los que llegaron en las últimas naves —probablemente hace un decenio— a estrechar por vez primera su mano siempre acogedora y cordial.*

*Pero ya conocía, a grandes líneas, la trayectoria de su vida política e intelectual desde el año de 1913, cuando desempeñaba las funciones de Oficial Mayor Encargado de Relaciones Exteriores en el gobierno constitucionalista. Sin embargo, si sabía no poco de la personalidad de don Isidro, era mucho más lo que ignoraba. Ahora le conozco de cuerpo entero y en su cabal magnitud. Me lo han enseñado los autores del libro que prologo. Ahora sé mejor lo que sabía y sé muchas otras cosas que ignoraba; y aún cuando parezca redundante, voy a recordar unos cuantos hechos del hombre que ocupa nuestra atención.*

*En uno de esos jurados populares de principios del siglo, que tanto apasionaban a los habitantes de la ciudad de México y del resto del país, hubo un incidente enojoso provocado por la defensa, en aquella ocasión representada por Jesús Urueta, el famoso orador de elocuencia avasalladora. El público que llenaba las tribunas, en su mayor parte estudiantes de derecho y de otras disciplinas, manifestó ruidosamente su simpatía por el defensor. El juez, molesto y violento ordenó que las tribunas fueran desalojadas. Hay un instante de desconcierto silencioso. Inesperadamente se oye una voz joven que desde las tribunas reclama con energía el derecho de los estudiantes de jurisprudencia a permanecer en el salón. Argumenta con buenas razones, con enérgica serenidad. El atrevimiento del intruso causa estupor; no había precedente. El juez, sin embargo revoca la orden que había dado. No necesito decir que aquella voz era la del estudiante Isidro Fabela.*

*La Casa del Obrero Mundial organizó el 1o, de mayo de 1913 en un teatro de la ciudad de México, la primera conmemoración de los sucesos sangrientos de Chicago. Uno de los oradores fue Fabela, quien pronunció un valiente discurso a favor de los trabajadores y en contra de la codicia de los patronos. Su actitud fue temeraria si se toma en cuenta que en aquellos días imperaba en el país la mano criminal e implacable de Victoriano Huerta. El discurso, viril y elocuente, lo recuerdan todavía con admiración los viejos luchadores que lo escucharon.*

*Poco tiempo después, ya lo sabemos, Fabela se sumó a la Revolución. Al triunfar el constitucionalismo viajó en misión diplomática por América y Europa. De esta etapa de su vida, desde el punto de vista intelectual, lo más importante fue haber escrito y publicado "Los Estados Unidos contra la Libertad", obra ya clásica.*

sica y de consulta obligada. Y lo que vale la pena subrayar, con apoyo en los últimos libros y escritos sueltos de don Isidro, es que sigue pensando lo mismo que hace cuarenta años. En el fondo, ni Fabela ni los Estados Unidos han cambiado en lo esencial.

En 1928, nuestro hombre se encuentra en París dictando conferencias contra Juan Vicente Gómez, el tirano de Venezuela; se encuentra ayudando con su consejo y prodigalidad a los jóvenes latinoamericanos que estudian en la capital de Francia. Todo con hidalguía, con la generosidad discreta que no lastima, con la naturalidad de un gran señor.

Vuelve al servicio diplomático en el gobierno del general Lázaro Cárdenas. En su gestión en "La Liga de las Naciones", escribe sus mejores páginas de internacionalista. Defiende a los países débiles agredidos por las grandes potencias, ciegas y soberbias; defiende a España, Austria y Etiopía, y pone en alto, muy en alto, el decoro de México. Es cierto que recibía del Presidente Cárdenas instrucciones de carácter general; pero él, Fabela, las interpretaba, les daba forma jurídica y humana; les daba calor con su palabra encendida, con su pasión por la justicia. El gran Presidente encontró al gran diplomático. Tal para cual, digno el uno del otro.

Antes de regresar de Europa a su patria, este hombre bueno que jamás se ha fatigado de hacer el bien, adoptó como hijos a dos niños huérfanos andaluces, víctimas de la tragedia española. El y su señora esposa los fueron formando año tras año con sus cuidados paternales, con su amor sincero, con su ejemplo ejemplar. La "Carta a mi hijo Daniel" temblorosa de ternura emocionada, hace pensar en que don Isidro hizo algo que es muy difícil realizar en la vida: ser un verdadero padre, sin haberlo sido.

Gobierna el Estado de México en la quinta década del presente siglo: gobierno civilizado, progresista y honesto. Luchó contra el pistolero y la politiquería. Construyó escuelas, organizó bibliotecas y museos; mejoró el Instituto de Enseñanza Superior, hoy elevado a la categoría de Universidad; en fin, señaló el camino de la limpieza política y administrativa a sus sucesores en el mando.

Nuevamente a Europa, al desempeño del alto cargo de juez en la Corte Internacional de Justicia, el más alto honor a que puede aspirar un hombre de letras versado en derecho internacional. No

tengo datos de la labor del Lic. Fabela en la Corte; mas conociéndole como le conozco, es seguro que debió haberse distinguido entre sus colegas por su corura, ilustración y rectitud.

Regresó una vez más a México el caballero trotamundos; en esta ocasión con el ánimo de no volver a rebasar sus fronteras. Don Isidro andaba ya por los setenta años. Sus amigos pensábamos que lo que quería era gozar de tranquilidad hogareña en su hermosa casa del Risco; de un justificado descanso después de tanto batallar sin tregua y sin reposo. No; nada de eso. Sus amigos estábamos equivocados. Don Isidro Fabela no ha dejado de trabajar ni por un momento: discursos, conferencias, artículos y libros. En 1958 publicó nada menos que cuatro obras importantes: "Historia Diplomática de la Revolución Mexicana", "Buena y Mala Vecindad", "Pueblecito Mío" y "Paladines de la Libertad". Labor tan intensa y de seguro agotadora para quien ya se aproxima a los 77 años —a las dos alcayatas como a mí me gusta decir cuando viene a cuento—, sólo puede realizarla un hombre movido por ideales superiores, sólo puede hacerlo un paladín de la libertad.

La casa del Risco con su biblioteca de varios miles de volúmenes y su pinacoteca reunida pacientemente en los largos y frecuentes viajes, ha sido donada por Fabela al Gobierno de México para uso público. Jamás pensó en venderla a fin de incrementar su modesta fortuna; no utilizó la influencia de amigos poderosos con la idea de que al adquirir el Gobierno los muebles y el inmueble recibiera él un par de millones de pesos o algo más; prefirió regalarla para disfrute del pueblo de su patria.

Hay algo más: hace unos cuantos días don Isidro tomó posesión de la Presidencia de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, sociedad benemérita fundada en 1833. Me dijo que había aceptado a pesar de sus achaques, con el propósito de ver si le era posible allegarle un patrimonio, utilizando sus buenas relaciones con el Presidente de la República. Debo aclarar que la mencionada sociedad ha vivido en la pobreza y la inseguridad en el curso de su larga existencia. La actitud de Fabela, noble y desinteresada, fija los contornos de su personalidad y robustece nuestra admiración.

Isidro Fabela merece este homenaje. Lo merece porque ha servido con pasión fervorosa y amor apasionado a todas las buenas

*causas; lo merece por su vida limpia y fecunda, por sus virtudes, por la claridad de su cerebro y la bondad de su corazón.*

*Isidro Fabela, héroe civil y santo laico, es un ejemplo, que para bien de México debiera imitar la juventud.*

JESÚS SILVA HERZOG.

*México, D. F., mayo de 1959.*